

REFLEXIONES SOBRE EL DESARROLLO

Por
ELIAS MENDELIEVICH

EN el informe PEARSON (1) se lee que «el proceso del crecimiento es todavía misterioso», y que «la comprensión del desarrollo y de su efecto en toda la economía y la sociedad... dista todavía de haber tocado a su fin» (2). En los últimos años, numerosos autores han señalado la dificultad de comprender el complejo proceso del desarrollo y la falta de una verdadera ciencia social del desarrollo (3), en cuyos conceptos pueda basarse el «despegue» de las economías de los países llamados atrasados, pobres, subdesarrollados, en vías de desarrollo, no industrializados o del Tercer Mundo. Aunque, en realidad, estos términos no son de ninguna manera equivalentes, en el presente artículo se utilizan en forma indistinta.

A falta de un verdadero método científico de desarrollo en los últimos veinticinco años, se ha recurrido a toda clase de experiencias empíricas, cuya intención, por lo general, humanitaria, se ha visto más o menos distorsionada por una óptica subjetiva. Antes de analizar estas experiencias efectuaremos algunas consideraciones antropológicas y psicológicas.

Todo ser humano nace en el seno de un grupo social organizado, que ha institucionalizado una forma específica de adaptación a su medio físico y social. Esta adaptación implica la existencia de ideas, sentimientos, actitudes y valores; en una palabra, de pautas culturales propias de cada grupo social, que éste inculca a todos los indi-

(1) *El desarrollo: empresa común*. Informe de la Comisión de Desarrollo Internacional. Editorial Tecnos, Madrid, 1969, pág. 61.

(2) *Ibid.*, pág. 224.

(3) Véase, por ejemplo: S. PAUSEWANG, *Methods and concepts of social research in a rural developing society*, IFO —Institut für Wirtschaftsforschung, Afrika Studien, Weltforum Verlag, Munich, 1973, pág. 146; y "Elementos para una estrategia del desarrollo rural en América Latina en la década de los setenta", en *Desarrollo rural en las Américas*, IICA, Vol. VI, núm. 1, Turrialba, Costa Rica, enero-abril 1974, págs. 5-32 (resumen de Otto SCHULZ del documento básico "Latin American rural development strategies for the 1970s", de P. DORNER y W. C. THIESENHUSEN).

viduos que van naciendo en él. Este proceso de socialización se efectúa cuando el individuo todavía no tiene ninguna posibilidad de elegir entre otras alternativas que pudieran ofrecérsele (4); por ello, la conducta, los valores, las ideas, las reacciones y los sentimientos adquiridos en la primera infancia quedarán grabados en el subconsciente en forma inmutable (5), y no se considerarán contingentes, como en realidad son, sino «naturales». El niño tiende a identificarse con los adultos que le rodean, en general, con el progenitor del mismo sexo, y a reproducir su comportamiento durante toda la vida. Hay que señalar que este proceso de socialización es tanto más fuerte cuanto que se han internalizado las pautas culturales en un ambiente emocional, fuente de protección y seguridad. Además, en todas las culturas, los rasgos internalizados en la primera infancia se van haciendo más específicos con los años y, por ende, más incomprensibles aún para los «outsiders». Así, en nuestra cultura occidental, se inculca al niño bondad, humildad, sumisión, respeto, etcétera; pero como la vida práctica exige al adulto independencia, iniciativa personal, egoísmo y agresividad, a medida que crece va conciliando esta flagrante contradicción de una manera muy particular. Como quiera que sea, dentro de cada cultura se llega a adquirir rasgos psíquicos similares, con diferencias individuales que, en principio, no pueden sobrepasar los límites impuestos por la socialización.

La expresión psicológica específica de cada cultura es su personalidad básica (6). De ahí, que la estructura mental corresponda a la estructura social que le ha dado origen y que es su marco de referencia. No es, pues, nada fácil modificar las actitudes y el comportamiento de los individuos ni el sistema social en el que están sumidos. Si se intenta cambiar uno de esos dos factores (o alguno de sus elementos) sin alterar el otro (o alguno de sus elementos), habrá una ruptura del equilibrio; es decir, serios desajustes y frustraciones, y la estructura psíquica se desmoronará (7). Por ejemplo, sería absurdo

(4) G. ACUIRRE BELTRÁN: I, *Regiones de refugio*, Instituto Nacional Indigenista, Ciudad de México, 1973, pág. 223; y II, *Teoría y práctica de la educación indígena*, Sepsetentas, Ciudad de México, 1973, pág. 13.

(5) A. KARDINER et al.: *The psychological frontiers of society*, Nueva York, Columbia University Press, 1945, capítulo XIV.

(6) *Ibid.*

(7) H. R. KOTTER: "Some observations on the basic principles and general strategy underlying integrated rural development", en *Monthly bulletin of agricultural economics and statistics*, vol. 23, núm. 4, abril de 1974, FAO, Roma (págs. 1-12); G. ACUIRRE BELTRÁN, op. cit. II, pág. 245; A. KARDINER, op. cit., cap. XIV; A. DOUCY y P. BOUVIER, *Introduction à l'économie sociale du tiers monde*, Editions de l'Institut de Sociologie de l'Université Libre de Bruxelles, Bruselas, 1970, pág. 191.

pretender que un campesino pobre de un país «atrasado» se «modernice»; es decir, abandone su desconfianza, su miedo y su sentimiento de inseguridad con respecto a la tenencia de la tierra que trabaja, para actuar como un campesino europeo, sin que, al mismo tiempo, se modifique el sistema de relaciones sociales en que vive inmerso. Tampoco parece posible intervenir en la organización social y económica de un grupo humano determinado sin parar mientes en su personalidad básica. Son posiblemente consideraciones de este tipo las que han llevado a PERROUX a formular lo que algunos autores actuales consideran la mejor definición del desarrollo: «Le développement est la combinaison des changements mentaux et sociaux d'une population que la rendent apte à faire croître cumulativement et durablement son produit réel global.» (8).

En los países occidentales (9), euroamericanos, ricos, adelantados o industrializados —términos no totalmente intercambiables, pero aplicados en la literatura moderna para designar un grupo concreto de países—, la opinión pública da por sentado, de manera más o menos difusa, que hay dos formas de vivir: la propia y la de los países del Tercer Mundo. Esta idea es profundamente errónea. Si entre los países llamados adelantados, e incluso dentro de ellos, existen incontables diferencias sociometales de todo tipo y grado, esta diversidad es aún más evidente en el Tercer Mundo. Los distintos países, regiones, provincias, tribus y grupos sociales en general del Tercer Mundo son «tercer mundo» con relación a nosotros, que, a la distancia, no percibimos sus múltiples diferencias. Esas miles de culturas, con pautas propias (10), se hallan en la actualidad en diferentes etapas de integración en nuestra cultura occidental que, a decir verdad, se está extendiendo por todo el mundo, y practica una especie de fagocitosis cultural.

Los países del Tercer Mundo tienden a «occidentalizar» su legislación y sus instituciones y a adoptar objetos materiales propios de Occidente; por supuesto, nada de ello cumple las mismas funciones que en los países euroamericanos: es sólo una fachada que, en la

(8) F. PERROUX: *L'économie du XX^e siècle*, PUF., Paris, 1961, citado en V. DRACHOUSOFF, *Les moissons et les hommes. La coopération au développement rural dans les pays non industrialisés*, Editions de l'Institut de Sociologie de l'Université Libre de Bruxelles, Bruselas, 1971, pág. 19.

(9) El presente artículo se refiere exclusivamente a los países capitalistas de Europa y de América del Norte, y a los países del «tercer mundo».

(10) G. DALTON: *Economic anthropology and development*, Basic Books Inc., Nueva York/Londres, 1971, pág. 349; y L. KOHR, *Development without aid*, Christopher Davies Ltd., Llandybie, Carmarthenshire, 1973.

mayoría de los casos, no corresponde a las posibilidades a corto y mediano plazo.

Cabe afirmar que el «desarrollo» es un esfuerzo consciente por abandonar la cultura autóctona e integrarse en otra que, en principio, es espuria. De ser así, no parece aceptable la concepción tradicional de que el «desarrollo» presupone una condición «inferior» y una tendencia a la superación. Nuestras formulaciones están, pues, cargadas de etnocentrismo y de evolucionismo. Creer que todos los grupos sociales deben pasar por fases bien definidas hasta llegar a nuestra sociedad industrial, significa adherir a una teoría no confirmada (11).

Al creer que nuestra sociedad es superior a todas las demás, no nos diferenciamos en nada de los demás grupos étnicos. Nuestra cultura occidental tiene, sin duda, un rasgo que la distingue netamente de todas las demás: su capacidad, muy superior, de aumentar la producción de bienes materiales y, con ello, de elevar el nivel de vida.

En resumen, creemos que no hay sociedades atrasadas, subdesarrolladas o en vías de desarrollo (con la connotación peyorativa de «imperfectas»), sino simplemente sociedades con estructuras sociometales que les son propias. Por estático que sea un grupo social, siempre puede adoptar, y de hecho, con frecuencia, adopta, elementos culturales de otro. En la actualidad, los elementos culturales que irrumpen con más fuerza en las sociedades no industriales del mundo entero son los elementos materiales de nuestra sociedad industrial, a la que los pueblos del Tercer Mundo tratan de adaptarse con los bagajes sociometales que cada uno de ellos posee.

Indicaremos las características sumamente específicas de la sociedad occidental que parecen relacionarse directamente con la consecución de sus fines materiales; aun rechazando la dicotomía absoluta entre nuestra sociedad y todas las demás, también cabe señalar algunos rasgos de numerosas sociedades del Tercer Mundo que no parecen estar en armonía con la consecución de los objetivos materiales de la sociedad industrial. Esta enumeración no pretende ser exhaustiva ni tampoco se presenta en forma sistemática. En Occidente prevalecen una concepción científica del mundo; la racionalidad; la búsqueda del interés individual y del bienestar material; una gran capacidad de

(11) Numerosos análisis del cambio social le atribuyen una dirección determinada; no obstante, a menudo este supuesto no es inherente a los hechos, sino impuesto por las tendencias del observador (K. DAVIS, *Human society*, The MacMillan Company, Nueva York, 1949, cap. XXII).

trabajo (12); la previsión; la dignificación del trabajo; un sentido bastante profundo de la organización; la eficacia; una agresividad muy específica; la tendencia a adquirir cierta cultura general y conocimientos técnicos y científicos, integrados en el propio contexto cultural; el deseo ilimitado de expansión y de acumulación de bienes; una productividad cada vez mayor; la tendencia a ser el artífice del propio destino; la iniciativa y la afirmación de la personalidad individual, junto con la capacidad para constituir poderosas organizaciones profesionales y políticas; la exigencia de que se respeten los derechos institucionalizados; un grado elevado de estabilidad política, de seguridad y de tranquilidad; la democracia parlamentaria; cierto grado de objetividad; la puntualidad; una relativa rapidez; un sentimiento —creciente en los dos últimos siglos— de justicia social; la movilidad social vertical —incluso alentada como meta social— dentro de una sociedad estratificada de una manera muy *sui generis*; un grado de confianza relativamente elevado en la palabra de los interlocutores sociales (en especial en las esferas comercial y de las relaciones profesionales), y la laicización de la inmensa mayoría de los actos de la vida cotidiana, lo cual significa que en Occidente la vida religiosa no impregna, en general, la vida material.

En términos generales, cabe afirmar que en el Tercer Mundo son comunes un sentimiento magicorreligioso (13); la solidaridad del grupo, de la familia extendida o de la tribu; el fatalismo; tabúes incommovibles; un complicado código del honor; instituciones del tipo de la «vendetta», y, en algunos casos, la falta de comprensión del concepto de propiedad privada, en especial con respecto a la tierra. También deben tomarse en cuenta la alimentación deficiente y los males endémicos, que afligen a no pocas regiones del mundo y no permiten un desarrollo intelectual integral de sus habitantes.

¿Cómo es posible soslayar estas características cuando se elaboran los planes de desarrollo? Y si se tienen en cuenta, ¿cómo es posible pretender que los habitantes del Tercer Mundo actúen como los euroamericanos de fines del siglo XX?

El modo de vida euroamericano actual es el resultado de un larguísimo proceso histórico muy diferenciado, que se ha visto acelerado

(12) G. BLARDONE: *Les principales caractéristiques du sous-développement*, Institut international d'études sociales, Ginebra, 1971; G. AGIRRE BELTRÁN, op. cit. (I), páginas 226-227; E. G. WEDELL, *Some consequences of development*, en "Rural Life", The Institute of Rural life at home and overseas, Halesworth Press Ltd., Halesworth, Suffolk, First quarter, 1974, Vol. 19, núm. 1, págs. 25-26.

(13) G. BLARDONE: op. cit.

en los últimos siglos, en especial debido a la revolución industrial y, según algunos sociólogos, a la adopción de la ética protestante (14). De todos modos, este proceso único, pletórico de acontecimientos aparentemente irreproducibles, ha conducido a la constitución de una sociedad que, comparada con las demás, es opulenta y además maneja un fabuloso potencial técnico, científico, de producción y de consumo. La sociedad occidental ha llegado a ser lo que es, debido a que en todo momento se ha movido conforme a su propia dinámica; es decir, mediante acciones, reacciones y adaptaciones encuadradas en un contexto significativo. Ha creado así el famoso *homo oeconomicus*, que no es el hombre por excelencia, como se suele creer en Occidente, sino el producto de una tradición histórica muy particular.

Muchos autores modernos consideran, explícita o implícitamente, que para que los pueblos del Tercer Mundo progresen —es decir, se acerquen al modo de vida occidental— es preciso introducir profundos cambios de todo tipo, y coinciden en que esos cambios deben producirse lentamente. Así, por ejemplo, R. KOTTER (15) considera que «le problème du développement rural est fatalement lié à la transformation générale de la société ou, plus précisément, aux transformations sociales orientées vers le progrès social». En una obra del UNRISD (16) se discute si el desarrollo debe realizarse lenta o rápidamente y se concluye, de acuerdo a las recomendaciones de la mayoría de los especialistas en la materia, que el ritmo ha de ser lento. Algunos autores consideran que una asistencia técnica prestada a un ritmo acelerado tiende a distorsionar el proceso de crecimiento, haciéndolo dependiente (17). En un documento reciente de las Naciones Unidas (18) se reconoce, como resultado evidente de muchas frustraciones y como reacción a ellas, que «... the task of utilizing the human resources more fully, or of mobilizing people for development is not a simple process which can be completed by creating a Ministry, writing a good chapter in a five-year plan, or setting up a few co-operatives for credit or marketing, or expanding education facilities. It is a very complex long-term process entailing changes in patterns of

(14) M. WEBER: *L'éthique protestante et l'esprit du capitalisme*, Plon, Paris, 1964.

(15) H. R. KOTTER: op. cit., pág. 3.

(16) H. H. HYMAN, G. H. LEVINE, Ch. R. WRIGHT: *Inducing social change in developing communities*, United Nations Research Institute for Social Development, abril de 1967.

(17) L. KOHR: op. cit.

(18) United Nations World Food Conference, Roma, 5-16 de noviembre de 1975, *The world food problem, proposals for national and international action*, Item 9 of the provisional agenda. Documento E/CONF, 65/4, pág. 106.

ownership, political power structure, social traditions and attitudes, the organization of economic activities and the institutional and administrative set-up of each society». A continuación, el mismo documento agrega: «There can be no unique pattern of social or institutional change for pursuing these objectives that is applicable to all countries.» Esto también apoya lo dicho más arriba con respecto a la diversidad cultural del Tercer Mundo.

Ahora bien, es hoy muy sabido (19) que en los países llamados en desarrollo, la ayuda internacional y los intentos de modernización —es decir, la adaptación a las pautas de la economía occidental— han enriquecido a los que ya eran ricos y, en general, han empobrecido más aún a los pobres. La élite dirigente de los países en desarrollo suele estar aliada a los grandes intereses financieros internacionales, con el beneplácito de sus gobiernos. La irrupción del modo de vida occidental en los países del Tercer Mundo causa también desequilibrios y desajustes no menos graves y profundos. Los nuevos elementos introducidos artificialmente provocan resistencias, chocan con los valores y actitudes tradicionales, dislocan las instituciones existentes de ayuda mutua, seguridad y protección, ponen en peligro el equilibrio de toda la sociedad y tienen efectos secundarios imprevisibles a corto y mediano plazo (20). Por ejemplo, en la actualidad parece evidente que en los países poco tocados por la occidentalización, los primeros embates de la «modernización» favorecerán a la élite dirigente —a menudo, extranjera— en detrimento de los nacionales, que, por carecer de espíritu «moderno» de empresa, verán su situación empeorar.

Gracias a las rápidas comunicaciones modernas, el Tercer Mundo ha llegado a conocer muchas de las innovaciones resultantes del portentoso avance tecnológico de los países industrializados y se siente atraído por ellas, pero la tecnología y sus frutos, por ahora, no podrán tener en los países del Tercer Mundo el mismo sentido que en el contexto sociomental en el que y para el que fueron ideados. Es posible que, por las razones que acaban de exponerse, la implantación de las nuevas técnicas venidas de Occidente provoque en el Tercer Mundo cada vez mayores desajustes, que, a su vez, son causa de los grandes

(19) Véase, por ejemplo: T. MENDE, *De l'aide à la recolonisation, les leçons d'un échec*, Editions du Seuil, Paris, 1972; S. PAUSEWANG, op. cit., pág. 184; R. JAYARAMAN, "Some theoretical considerations in the study of social development in the third world", en *Sociologia Rurales*, vol. XIII, núm. 3/4, Wageningen, 1973, págs. 237-254, especialmente 244, y J. P. HARRY, *Economie des deuplee sans machinisme*, Editions de l'Institut de Sociologie de l'Université Libre de Bruxelles, Bruselas, 1970, págs. 138-139.

(20) G. DALTON: op. cit., págs. 18, 135, 275, 276 y 289; G. AGUIRRE BELTRÁN: op. cit. (II), pág. 17.

problemas sociales, económicos y administrativos que todo observador informado conoce y que no sólo se manifiestan en importantes decisiones políticas o económicas, sino también en detalles cotidianos, aparentemente poco importantes, pero que son reveladores, y configuran los elementos básicos de tipos definidos de comportamiento. Tomemos como ejemplo la corrupción, que en la mayoría de los países del Tercer Mundo está difundida, generalizada y, a veces, hasta institucionalizada (21). Por supuesto, no se habla de ella en los planes nacionales de desarrollo, en los proyectos de asistencia técnica ni en ningún documento oficial. No obstante, cerrar los ojos frente a este fenómeno tan evidente falsea la comprensión de una sociedad y de las relaciones que se mantengan con ella. De todos modos, la corrupción generalizada es una forma extraoficial, pero efectiva, de redistribución de los ingresos, y su práctica no es privativa de un puñado de especuladores.

Una de las consecuencias más graves que en el Tercer Mundo ha tenido la intromisión de Occidente es la explosión demográfica, debida a la prolongación de la vida y la disminución de la mortalidad infantil, logradas gracias a la introducción de los adelantos de la Medicina occidental, sin la correspondiente reducción de la natalidad, registrada concomitantemente en el mundo adelantado, que requiere un cambio de mentalidad.

Lo dicho sobre la intromisión general de Occidente en el Tercer Mundo también es válido en sentido contrario: cualquier rasgo cultural importado de otra sociedad —ritos orientales, fetiches, máscaras, melodías, etcétera— no puede tener en Occidente el mismo sentido que en su contexto original.

En relación con el etnocentrismo de Occidente, que dificulta la comprensión de los desajustes que sufren los pueblos del Tercer Mundo, es muy pertinente citar la siguiente frase de un conocido antropólogo: «Es ingenuo suponer que individuos pertenecientes a culturas distintas a la nuestra reciban con beneplácito y gratitud modificaciones en sus formas tradicionales de vida, sencillamente porque las ideas o prácticas que se les proponen son demostrablemente superiores a las suyas (22).

La preparación de planes de desarrollo para los países del Tercer Mundo suele fundarse en el supuesto de que se cumplen determinadas condiciones, supuesto que la realidad, por lo general, des-

(21) Véase, por ejemplo, Ch. J. ERASMUS, *Man takes control*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1961.

(22) G. ACUIRRE BELTRÁN: op. cit. (II), pág. 244.

mente. Así, pues, se establece una serie más o menos importante y compleja de teorías, cálculos, proyectos y programas sobre una base en el fondo desconocida. Estos ejercicios teóricos pueden ser desechados de lógica, valerse de los métodos matemáticos más modernos (23) y de las concepciones económicas más avanzadas, pero no son aplicables al medio al que se destinan, precisamente porque se ha partido de una serie de premisas (24), válidas para el medio socioeconómico en el que se han originado, pero de ningún modo universales. El experto occidental elaborará, pues, planes, que serían válidos para el *homo oeconomicus de hic et nunc*, sin poner en tela de juicio la universalidad del comportamiento tan específico y complejo del hombre occidental.

Aunque no se conozca con exactitud la naturaleza del desarrollo, los expertos parecen manejar sus supuestas variables como es manejan los elementos químicos en el laboratorio; pero ni siquiera es seguro que lo que definen como una variable lo sea en realidad. Por otra parte, en caso de que sí lo sea, puede tratarse no ya de un elemento objetivo, sino simplemente de un concepto moldeado en la mente del experto por su cultura occidental.

La existencia de explicaciones diferentes y aun contradictorias de un mismo fenómeno social desorienta y hace pensar, por una parte, que quizá ninguna de ellas sea correcta y, por la otra, que es posible concebir un número indeterminado de nuevas explicaciones, tan aceptables como las anteriores.

Los antedichos supuestos se traducen en una proyección psíquica permanente de los conceptos, valores y actitudes de los programadores, expertos y teóricos occidentales del desarrollo a un universo social que desconocen.

Es evidente que si se siguen aplicando a los países del Tercer Mundo los mismos enfoques y métodos que hasta ahora, «much money will continuously be spent for meaningless research projects producing inadequate information» (25). El autor del pasaje que acabamos de citar dice que los economistas han fracasado en el Tercer Mundo, porque no estaban preparados para hacer frente a una situación social

(23) Se introducen variables cuantificables, pero no se presta la debida atención a los elementos fundamentales, que en la actualidad no son cuantificables. Véase H. R. KOTTER, op. cit.

(24) Véase W. R. LASSEY: "Combining behavioural research methods in underdeveloped communities", en *Rocky Mountains Social Science Journal*, octubre de 1968, página 19.

(25) S. PAUSEWANG: op. cit., pág. 2.

totalmente distinta (26). DALTON, por su parte, dice abiertamente que los conceptos y análisis de la economía occidental no son aplicables a los problemas de los países subdesarrollados (27), y que nuestro pensamiento está tan impregnado del análisis teórico que hacen los economistas de la estructura y el funcionamiento del mercado del capitalismo industrial, que nos resulta sumamente difícil comprender economías muy diferentes de la nuestra (28). Más o menos, en el mismo sentido, se expresan, entre otros, GUNNAR MYRDAL (29), J. P. HARROY (30) y AGUIRRE BELTRAN (31).

Incluso la élite intelectual de los propios países en desarrollo, que se ha educado en las universidades de los países adelantados o ha asimilado simplemente la ciencia occidental, termina captando los problemas en función de lo aprendido.

En el manejo de los problemas del Tercer Mundo se introduce otro factor de distorsión, tan nefasto como la proyección psíquica: la subjetividad con que los especialistas del desarrollo planifican, ejecutan y evalúan los proyectos de asistencia técnica. Por ejemplo, los autores de la citada publicación del UNRISD (32) pasan revista a las opiniones de un buen número de expertos sobre los factores que más contribuyen al éxito de un proyecto de desarrollo. Esas opiniones son muy dispares, y en ellas se evidencia que los factores, a nuestro juicio más importantes, a saber: las actitudes y la estructura social de la comunidad local son los menos frecuentemente mencionados (por sólo un 5 por 100 de los expertos). En la misma publicación se reconoce que: «... no effort has been made... to ascertain whether or not the reports of the experts were confirmed by any objective measurements of the results of the development projects on which they had based their views» (33). La comprobación de esta subjetividad generalizada llevó a un estudioso, que trabajaba sobre el terreno sin ideas preconcebidas, a las siguientes conclusiones: «Asking the international experts what is needed for development will never reflect more than their own self-understanding. Nevertheless, questionnaires answered by this group were often tabulated and presented as data on what is needed mostly

(26) *Ibid.*, pág. 139.

(27) G. DALTON: op. cit., pág. 259.

(28) *Ibid.*, p. 23.

(29) G. MYRDAL: *Cleansing the approach from biases in the study of underdeveloped countries*, Social Science Information, International Social Science Council, París, 8 (3), junio de 1969, págs. 9-26.

(30) J. P. HARROY: op. cit.

(31) G. AGUIRRE BELTRAN: op. cit (I), pág. 229.

(32) UNRISD: op. cit., pág. 55.

(33) *Ibid.*, pág. 2.

for development. That such an approach can, instead of offering better insights, just help to perpetuate the prejudices of narrow-minded technocrats, and the mistakes of an existing apparatus of development administration is evident» (34). Muy recientemente, otro documento de las Naciones Unidas parece reaccionar contra esta subjetividad (y sus efectos), ya que declara que deben buscarse evaluaciones objetivas del éxito o fracaso de las experiencias (35).

En numerosos informes de expertos o en comentarios técnicos sobre acciones prácticas suelen leerse frases redactadas, más o menos, en el siguiente «jargon»: A pesar de que, por las dificultades encontradas y otras razones obvias, todavía no pueden percibirse los resultados concretos de este proyecto, es evidente que, en virtud del grado de conscientización alcanzado (o cualquier otro concepto improbable o ambiguo), es lícito suponer que, a largo plazo..., etcétera. Es decir, en primer lugar, se afirma algo subjetivo e improbable, y, en segundo término, a partir de esa afirmación se deduce, se supone o se espera algo que, naturalmente, en la realidad nunca se producirá.

Las ciencias sociales no parecen todavía estar en condiciones de dar fórmulas para el desarrollo, y mucho menos una receta única y mágica, por más que muchos expertos y autores piensen lo contrario, en un esfuerzo inconsciente —en la mayoría de los casos bien intencionado— de hacer pasar sus deseos por la realidad. La ciencia del desarrollo no admite previsiones como las demográficas y las económicas, aplicables al mundo occidental. Refiriéndose a los cambios que requiere el desarrollo, el informe PEARSON dice que «... ninguno de los responsables de las decisiones adoptadas puede estar absolutamente seguro de que un determinado cambio de política, trátase de devaluar la moneda, liberalizar las importaciones, conceder subsidios a la exportación, aplicar una reforma agraria o programas rurales con gran intensidad de trabajo, producirá precisamente los efectos previstos, como tampoco pueden garantizarlo los expertos o asesores» (36). En general, puede decirse que, aparte de las fórmulas subjetivas o los procedimientos empíricos, las ciencias sociales no disponen de ninguna estrategia de desarrollo de eficacia, experimentalmente demostrada (37). A pesar de ello, siguen practicándose experimentos, fundados en teorías nunca demostradas y quizá indemostrables.

(34) S. PAUSEWANG: op. cit., pág. 125-126.

(35) United Nations World Conference, op. cit., pág. 109.

(36) *El desarrollo: empresa común*, op. cit., pág. 61.

(37) N. ROLING: "From theory to action", en *Ceres*, FAO, Review on Development, mayo-junio de 1974, pág. 22.

En los últimos veinticinco años (con el acostumbrado tanteo empírico y aparentemente lógico), se ensayaron numerosas fórmulas de asistencia técnica, que, según se suponía, debían conducir al desarrollo. Cabe mencionar las siguientes: suministro de capitales y de equipo, creación de las más variadas infraestructuras, prestación de asistencia médica, fomento de la instrucción, sustitución de las importaciones, diversificación de la producción, mejoramiento de la agricultura, industrialización, control de la natalidad, conscientización y organización de la población, etc. En los últimos años se está hablando mucho de enfoques integrados.

Además de las fórmulas efectivamente aplicadas en el Tercer Mundo, como las que acabamos de mencionar, existen las panaceas que no pasan de la teoría; es decir, de la palabra o el escrito. Se trata de las clásicas proyecciones psíquicas de nuestra sociedad industrial del tipo «se debería», «sería necesario», «es imperativo», «lo primero que debe hacerse», etc., que hacen quedar bien a su autor o autores sin comprometerlos a nada, pero no conducen a ningún resultado práctico. En una obra reciente podemos leer que «obsession with the endeavour to discover the cause of underdevelopment... could yield a prescriptive panacea, which in fact is a mere simplistic solution and could even defeat the whole purpose of development effort» (38). En un artículo reciente, basado en un documento de dos prestigiosos autores (39), se prescribe la siguiente panacea: «si se redistribuye la tierra y se hacen esfuerzos especiales para atender al incremento de la producción, de la productividad y, por ende, del ingreso campesino, habrá un mercado mayor para nuevos insumos entre este importante segmento de la población agrícola». Es evidente que esta afirmación es gratuita: ¿qué garantía hay de que haya un mercado mayor, cuando, por el momento, la condición indispensable para su existencia no pasa de ser un deseo formulado difusamente? Además, incluso si negamos la realidad y convenimos en que esos requisitos pueden cumplirse, ello no significa en absoluto que en todas las regiones en desarrollo los mayores ingresos y producción se destinarán precisamente a lo que en este texto se da por descontado.

En los últimos años abundan muchísimo las panaceas más o menos difusas y vagas, sin conexión aparente con ninguna realidad. Así, en

(38) T. P. MELADY y R. B. SUHARTONO: *Development-Lessons for the future*, Orbis books, Maryknoll, Nueva York, 1973, págs. 108-109.

(39) O. SCHULZ: op. cit., pág. 23.

un documento de las Naciones Unidas (40), figuran las siguientes frases: «Los países en desarrollo deben procurar constantemente crear variedades (de cereales) especialmente adecuadas a sus circunstancias» (pág. 9); «... las actividades industriales, comerciales y de transporte, así como otras productivas, tendrán que desarrollarse a un ritmo muy superior a la tasa de crecimiento de la producción agrícola... (pág. 10). «Mediante una combinación apropiada de medidas... puede lograrse una mejor distribución del ingreso y de la riqueza sin poner en peligro la eficiencia y los incentivos del crecimiento» (página 12), y «... se podría organizar un programa educativo, de tal manera que contribuyera a aumentar apreciablemente la productividad a corto plazo y a proporcionar incentivos, para lograr, en general, tasas más altas de ahorro (pág. 13). ¿Con qué recursos humanos y financieros deberán tomarse las medidas preconizadas? ¿Cómo funcionarán, en la práctica, los nuevos servicios propuestos? ¿Con funcionarios de formación, personalidad y eficiencia occidentales, bien remunerados, ajenos al contexto social y apoyados por una infraestructura administrativa eficaz y bien organizada como la de los países más adelantados? Además, en las formulaciones de este tipo, se parte de premisas válidas para la vida socioeconómica de los países euroamericanos, pero en estos casos se presuponen no sólo la posibilidad —hipotética— de un funcionamiento ideal de supuestas instituciones y servicios, sino también de sus resultados —no menos aleatorios en la práctica.

Si acaso se llega a reconocer que no se ha cumplido ninguno de los objetivos de un proyecto de asistencia, se buscan explicaciones, como las siguientes: calificaciones insuficientes o poca experiencia del personal, falta de contacto con la población local (41), bloqueo económico, no haber seguido cabalmente las instrucciones, la falta de colaboración de determinadas instancias, etcétera. La lista puede ser muy larga y variada. Ahora bien, estas pretendidas explicaciones son lo que en psicología se conoce como racionalizaciones; es decir, la búsqueda *a posteriori* de argumentos justificativos. Los motivos invo-

(40) NACIONES UNIDAS, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, *Hacia el desarrollo acelerado*. Propuestas para el segundo decenio de las Naciones Unidas para el desarrollo, Naciones Unidas, Nueva York, 1970. Véase también, entre otros, "Population, food supply and agricultural development", en *Monthly Bulletin of agricultural economics and statistics* (FAO, Roma), vol. 23, núm. 9, septiembre de 1974, págs. 1-13, especialmente pág. 12; y F. W. FUHS and J. VINGERHOETS, *Rural manpower, rural institutions and rural employment in Thailand*, Manpower Planning Division, National Economic Development Board, Bangkok, 1972, especialmente págs. 25, 114 y 115.

(41) UNRISD, op. cit., pág. 153.

cados como causa de los fracasos pueden referirse a hechos reales, pero ello no significa que esos motivos sean la verdadera y única razón de los fracasos.

Una de las convicciones más arraigadas en el gran público es que el desarrollo del Tercer Mundo requiere, fundamentalmente, ingentes inversiones de parte de los países ricos. Si se tiene en cuenta que la realidad ha desmentido invariablemente esta idea, sorprende bastante que en el decenio de 1970 todavía una parte de las publicaciones especializadas sigan sosteniéndola (42). Una de las pruebas de que el dinero no basta para progresar es que desde hace varios años algunos países están obteniendo ganancias fabulosas con las materias primas que se extraen de su subsuelo y, sin embargo, no parecen «progresar». Con esos ingresos, algunos de ellos financian sistemas de seguridad social o subvencionan algunos sectores sociales o económicos, pero el «atraso» general subsiste.

La reforma agraria es otro de los caballos de batalla de los teóricos del desarrollo, que ha servido de tema a innumerables publicaciones (43). En algunos países y regiones, la reforma agraria ha dado resultados maravillosos; en otros, sus efectos son mediocres o discutibles, y en otros más ha fracasado por completo. Los teóricos suelen racionalizar estos fracasos y atribuirlos *a posteriori* a la falta de créditos, infraestructura e insumos y a otros motivos similares. Hay razones para creer que, al igual que las demás medidas examinadas anteriormente, la reforma agraria como se concibe en Occidente, es decir, como importantísima medida de progreso social, en principio sólo será viable en la medida en que cambie la estructura sociomental de las poblaciones interesadas.

En los círculos especializados también se habla mucho últimamente de participación popular, y suele considerársela condición *sine qua non* del desarrollo (44). También en este caso, los especialistas trasponen aspiraciones legítimas en una sociedad como la nuestra, con su mentalidad y sus tradiciones democráticas particulares, a otros contextos en los que pierden toda significación. Por ejemplo, a raíz de la

(42) Véase, por ejemplo, "Rural development programmes", en *Ideas, institutional development and economic affairs service Inc.*, Washington D.C., Spring report 1972, página 5.

(43) Véase, por ejemplo, S. BARRACLOUGH (con la colaboración de J. C. COLLARTE): *Agrarian structure in Latin America*, Lexington Books, Heath and Company, Lexington, Massachusetts, 1973, y P. DORNER: *Land Reform in Latin America, Issues and Cases*, Madison, Land Economics, 1971.

(44) Véase, por ejemplo, *L'agriculture dans le monde*, Fédération internationale des producteurs agricoles, París, vol. XXIII, núm. 1, 1974, pág. II-3.

organización en sindicatos campesinos de personas ajenas a la tradición sindical de Occidente, despierta en los teóricos muy sincero asombro el que esos sindicatos no funcionen como en sus propios países, que haya en ellos todo tipo de anomalías, que sean manejados por intereses políticos (45), que los fondos sindicales no se recauden ni se inviertan como en Occidente, que no se respete ninguna norma democrática, que reine el caudillismo y a veces el bandolerismo, etcétera. DOUCY y BOUVIER ilustran muy claramente lo que puede ser la «participación popular» en un lugar del mundo muy alejado del espíritu idealista del planificador occidental: «[En la India]... les notions de masses populaires, de classes ouvrières, de communautés paysannes sont remplacées par celles de familles, de sous-castes, de castes á la rigueur, de sectes, de communautés étrangères...» (46). ERASMUS (47) analiza algunos casos que se habían presentado como «trabajos colectivos voluntarios» exitosos, y explica que esas actividades nada tenían que ver con la participación popular, sino que, para ejecutarlas, se había recurrido a la coacción. A pesar de ello, muchos autores siguen tratando el tema en abstracto, con palabras que no reflejan ninguna realidad concreta, y algunos llegan a preguntarse si debe alcanzarse el desarrollo por medio de la participación popular, o de una administración central, o de una combinación de los dos sistemas. Tras esas discusiones bizantinas, a veces reconocen que todos estos enfoques han fracasado (48). En diferentes regiones han actuado expertos internacionales en participación popular, que solían comenzar su labor con un optimismo contagioso y luego redactaban informes muy confiados sobre los supuestos éxitos que iban alcanzando. En la práctica, queda aún por determinar la utilidad de esas actividades.

Uno de los numerosos mitos del desarrollismo —imposible analizarlos todos en este artículo— es el de la creación de «polos de desarrollo», que consiste en creer que, si se logra desarrollar una zona determinada, el progreso se extenderá como una mancha de aceite. Esta concepción implica que se desconocen o se pasan por alto los elementos reales que interactúan en un medio «subdesarrollado». En

(45) V. DRACHOUSOFF: op. cit., pág. 271.

(46) A. DOUCY y B. BOUVIER: op. cit., pág. 192.

(47) Ch. J. ERASMUS: op. cit., pág. 93-94.

(48) Véase, por ejemplo, A. L. BERTRAND: "Definitions and strategies of rural development: a search for coherence and congruity", en *Sociologia Ruralis*, vol. XII (3-4), Wageningen, 1972, págs. 223-249. También I. ADELMAN y C. TAFT MORRIS: *Economic growth and social equity in developing countries*, Stanford University Press, Stanford, California, 1973, pág. 201: "we have found that increases in political participation do not predictably lead to a more equitable distribution of income".

primer lugar, y como es habitual en este tipo de razonamientos, se parte de un supuesto que nace en la mente de los planificadores; pero, ¿cómo y cuándo es posible que se confirme? Es muy sabido que numerosos proyectos parecen avanzar bien mientras trabajan en ellos los expertos extranjeros, y, al partir éstos, se derrumban. En segundo lugar, en el caso de que el supuesto se cumpliera, ¿cómo se propagaría el «desarrollo» en un medio cuyos hábitos de trabajo, modalidades de consumo, necesidades, etcétera, no conducen normalmente a él?

También está muy difundida la idea de que la instrucción —¿qué tipo de instrucción?— impulsará el desarrollo. En los últimos años se ha insistido en que la instrucción, para ser eficaz, debía acompañarse de los demás elementos de un desarrollo integrado (49). Se advierte, al mismo tiempo, que en los países en desarrollo la instrucción, calcada de la europea, no se adapta a las aspiraciones y necesidades locales (50), y provoca, por ende, serios desajustes; uno de ellos es el desarraigo de ciertos grupos, que constituirán una élite «occidentalizante», discordante con su medio, y que en algunos casos se expatriará incluso a un país adelantado para ganarse mejor la vida y aplicar lo aprendido.

Vistos los resultados extraordinarios del Mercado Común Europeo, en casi todas las demás regiones del mundo se han ido creando comunidades económicas similares, en la creencia de que en ellas residía la clave del progreso. De más está decir que en ninguna parte esa imitación mecánica ha dado los resultados que se descontaban, aparentemente por las razones aquí expuestas. Así, pues, sorprende mucho que en el informe PEARSON se afirme que este tipo de agrupaciones podría, de por sí, contribuir a acelerar el desarrollo (51). Otros autores se muestran en cambio más perspicaces y rechazan una solución, excelente para Europa, pero no por ello directamente trasplantable a otras regiones (52).

Muchas obras sobre el desarrollo del Tercer Mundo dan la impresión de que su publicación es ya un primer paso hacia el desarrollo. Sin embargo, las palabras son sólo palabras, y no llegan a convertirse mágicamente en los hechos anhelados.

Veamos, por ejemplo, un pasaje significativo de una de estas

(49) P. H. COOMBS, R. C. PROSSER y M. AHMED: *New paths to learnings for rural children and youth*, prepared for UNICEF by the International Council for Educational Development, USA, octubre de 1973, pág. 23.

(50) E. G. WEDELL: op. cit., págs. 27-28.

(51) *El desarrollo: empresa común*, op. cit., pág. 97.

(52) L. KOHR: op. cit.

obras: «An employment-oriented development strategy could broaden [the] markets by increasing the productivity and incomes of the masses of people which will enable them to buy more simple consumer goods... Through providing millions of people with higher incomes and an expectation of gradually rising incomes, mass markets will be created for consumer goods» (53). Se trata de una extrapolación de lo que sucedería en el medio occidental, injustificada en otro medio con motivaciones, necesidades y hábitos muy distintos de los nuestros. En efecto, en el Tercer Mundo, un hipotético aumento de la productividad y los ingresos no conduce, forzosamente, a un mayor consumo, ni, específicamente, a un consumo de bienes simples. Pero se dice, además, que estos mayores ingresos se derivan, a su vez, de la adopción de una estrategia orientada hacia el empleo. Parece que esa estrategia no se implanta por obra del simple deseo de los planificadores. Como punto de partida del desarrollo, formulada *in abstracto*, sin conexión con ninguna realidad específica, esa estrategia no es más que palabras, y no se ve de qué manera puede traducirse en hechos.

En algunos países del Tercer Mundo hay expertos occidentales que están planificando la utilización de la mano de obra sobre la base de un plan nacional de desarrollo elaborado a la occidental —que en general no se cumple— y de estadísticas imprecisas o inexistentes. Ya sea que lleguen o no a algún resultado, su trabajo difícilmente conducirá a nada concreto, porque dan por sentado un conjunto de comportamientos, acciones y reacciones que en la realidad no se dan.

En cuanto a las relaciones profesionales es sabido que las clases dirigentes de los países en desarrollo consideran indolentes a sus trabajadores. Por otra parte, los autores sensibles a los problemas sociales de esos países afirman que los trabajadores son supuestamente indolentes, porque la explotación de que son objeto les quita todo aliciente para trabajar más (54). No hay manera de conciliar estas dos afirmaciones contradictorias; además, es probable que ambas sean falsas, ya que las dos partes no hacen más que proyectar sus propias concepciones. La realidad es que esos trabajadores viven en un mundo socio-mental distinto del nuestro. Su indolencia (con relación a nuestro ritmo de trabajo) y la ignominiosa explotación de que son objeto (en comparación con nuestras relaciones de trabajo actuales) se corresponden; están en equilibrio. Si cesara esa explotación sin que se modificase la

(53) F. W. FUHS y J. VINCERHOETS: op. cit., pág. 145.

(54) Véase, por ejemplo, E. FEDER: *The rape of the peasantry*, Garden City, Nueva York, Anchor Books, Doubleday and Company, 1971.

mentalidad, los trabajadores no se harían más productivos y tal vez, incluso, aprovecharían para rendir menos. Si, por el contrario, de pronto se pusieran a trabajar muy duramente, de ninguna manera dejarían de ser explotados por ello; incluso en la mayoría de los casos se produciría lo contrario: las clases dominantes aprovecharían ese cambio para acentuar la explotación.

Otro de los motivos de la pobreza y el atraso, invocados constantemente, es la dominación colonial. Si es así, ¿por qué algunos países que nunca la sufrieron se cuentan entre los más miserables de la tierra? ¿Por qué naciones con más de un siglo y medio de independencia no pueden «despegar»? ¿Por qué algunos países, independizados más o menos al mismo tiempo que los estancados en la miseria, figuran entre los más adelantados del mundo? Evidentemente, no faltan en este sector racionalizaciones complicadas y sutiles.

Otro fenómeno íntimamente vinculado al colonialismo es el de la penetración imperialista en los países pobres y la actuación de las empresas multinacionales. Es incontestable que los intereses extranjeros se introducen donde y como pueden, se alían con las élites locales y sacan todo el provecho que pueden de la tierra, del subsuelo y del mercado locales, y, luego, retiran sus ganancias y no las reinvierten en el país en que operan. Aun así, si las compañías y la tecnología extranjeras no intervienen, ¿quién y cómo va a explotar los recursos del país y, por ende, darles valor; es decir, *crear* riqueza, y quién y cómo creará fuentes de trabajo, pagará mejores salarios que los tradicionales y, en suma, hará llegar el «progreso»? Por supuesto, lo ideal sería que los recursos y la tecnología estuviesen en manos nacionales y que al mismo tiempo las clases dirigentes de esos países moderasen su explotación, pero hasta ahora la mentalidad prevaleciente en el Tercer Mundo ha impedido que se cumpla esta vieja aspiración suya. La nacionalización de esas empresas ha dado casi siempre resultados sumamente negativos. De todos modos, continúa racionalizándose sobre los motivos de todo ello. ¿Cómo desatar este nudo gordiano sin ideas preconcebidas, pasiones ni racionalizaciones? Al desplazar los problemas se retrasa su comprensión y, por ende, su posible solución, en detrimento de los propios pueblos interesados.

La historia de Alemania occidental proporciona un ejemplo evidente de la importancia que tiene la mentalidad de un pueblo para el desarrollo nacional. Un Plan MARSALL no habría tenido quizá efectos comparables en la economía de un país subdesarrollado. Cabe suponer que si se trasladase la población alemana occidental a un país sub-

desarrollado, éste se desarrollaría muy rápidamente —incluso en un marco ecológico adverso— pero que si se entregase a la población de un país subdesarrollado trasladada a Alemania occidental, la infraestructura del país todo, decaería inmediatamente, no sólo por falta de «know-how», sino por la incapacidad para hacer funcionar esa infraestructura. Cada pueblo llevaría consigo un factor determinante —su estructura sociomental— y reharía «su» país dondequiera que se instalase. Eso es precisamente lo que ha sucedido en Israel, donde un pueblo asimilado a la cultura euroamericana, trasplantó su modo de vivir a un medio ecológico distinto del que había conocido hasta entonces y en el que otras poblaciones habían vivido antes, de conformidad con pautas culturales muy diferentes.

En cuanto a las relaciones grupales entre los poderosos y los desheredados, de nada vale clamar porque los países y empresas ricos no exploten a los países y empresas más débiles. Si estos últimos no adquieren la fuerza necesaria para defenderse es difícil que otros puedan defenderlos duradera y eficazmente. Predicar un trato «justo» en el mundo actual es sumamente ilusorio. ¿Cómo esperar que las naciones y empresas poderosas dejen de explotar lo más posible a las más débiles, cuando en el propio seno de las sociedades industriales occidentales rige la ley del más fuerte? Si la manera euroamericana de vivir es la lucha despiadada de todos contra todos —dentro del marco de una comercialización y monetarización de objetos cada vez más numerosos y variados— y la ambición ilimitada, ¿qué podemos esperar del trato que los euroamericanos reservan a los países y empresas menos experimentados en esta lucha?

En cuanto a los papeles sociales —reales y posibles— de los poderosos y los desheredados de los países del Tercer Mundo, parece pertinente plantearse preguntas de este tipo: Los colonos pobres, expoliados por los terratenientes y usureros, pero que a su vez despojan a los indígenas de sus tierras ancestrales, ¿son explotadores o explotados, o las dos cosas al mismo tiempo? Los de «abajo», que aceptan ponerse al servicio de los de «arriba», como los rompehuelgas, capataces de explotaciones agrícolas de tipo feudal, etcétera, ¿a qué grupo social pertenecen? Desgraciadamente, en las sociedades tradicionales, cambiar la suerte del individuo significa pasar de explotado a explotador, porque ni se piensa cómo funcionaría otro tipo de sociedad en la que el papel económico de los individuos pueda ser diferente.

Gran parte de las corrientes de pensamiento que hemos analizado dan la impresión de revolotear, cargadas de los preconceptos que se

han puntualizado en cada caso, en torno a un tema prácticamente inaccesible. Hay en ellas mucho de difuso y discutible. Cabría incluso afirmar, como BALANDIER, en otro contexto (55), que suelen recurrir a la técnica del «flou» sociológico. Parecen reemplazar la realidad por «une construction logicienne, un édifice complexe de catégories, principes, notions, et concepts auquel on n'accède que par initiations. La logique liant ces derniers est alors postulée identique á la logique du réel; l'ordre des choses importe moins que l'ordre des mots. Et les critères de l'acquiescement deviennent à terme ceux de la foi, plus que ceux de la raison scientifique. Cette tentation réalisée transforme les écoles scientifiques en chapelles ou sectesc, les controverses en débats scolastiques et les doutes en hérésies» (56). Toda la retórica con que se expresan conceptos mal fundados y, a veces, hasta caprichosos no parece haber servido para comprender el subdesarrollo ni hacer prosperar la técnica de la asistencia al Tercer Mundo. Según MELADY y SUHARTONO: «rhetoric... is a cobweb stragling the victim by its eloquence. It creates a state of mind whereby a simple solution could be offered to a simplistic notion of the development problem» (57).

Son ya numerosas las voces que se elevan contra la inadecuación de los enfoques tradicionales a la tarea del desarrollo (58), y prevén la necesidad de un enfoque completamente nuevo (59). Cuanto antes reaccionemos en este sentido, mejor será. Es necesario tener en cuenta la experiencia pasada; no repetir siempre los mismos errores; no seguir improvisando sobre la base de criterios teóricos no demostrables, ideas recibidas y dogmatismos contraproducentes; no seguir utilizando los «slogans» habituales, y no racionalizar los fracasos o calificar fácilmente de «reaccionaria» toda idea que contraiga ciertos esquemas rígidos. Si, por el contrario, seguimos por la misma vía, seguramente comprobaremos, como cree T. MENDE (60), que el fomento del desarrollo económico de los países del Tercer Mundo se arrastrará agonizante, apuntalado por la inercia y los intereses creados.

Si por ahora no disponemos de un método satisfactorio y probablemente eficaz para la asistencia al Tercer Mundo, hay que seguir buscándolo.

Está muy difundida la idea de que no se debe interferir en el modo

(55) G. BALANDIER, *Anthropo-logiques*, PUF., París, 1974, pág. 115.

(56) *Ibid.*, págs. 7-8.

(57) T. P. MELADY y R. B. SUHARTONO: *op. cit.*, págs. 72-73.

(58) *FFH/Action for development*, FAO, Roma, núm. 96, 1974-2/3, pág. 4.

(59) G. MYRDAL: *op. cit.*, pág. 20.

(60) T. MENDE: *op. cit.*, pág. 10.

de vida de los países ni, dentro de ellos, en el de sus grupos étnicos (61). Este respeto por las naciones y sus culturas es perfectamente legítimo, pero desgraciadamente hay que reconocer que con él no habrá «progreso». Para que lo haya es imprescindible un cambio radical de mentalidad y estructura social (62). Convendría abordar el problema del desarrollo en este sentido. Además, la creciente rapidez de las comunicaciones acorta las distancias y favorece la introducción inexorable de nuestra civilización industrial en todos los rincones del mundo. Como, para bien o para mal, este proceso parece irreversible, es preferible que se cumpla lo mejor posible.

Lo que se entiende por progreso —la integración de todas las culturas en la occidental— y el consiguiente cambio social serán lentos y entrañarán inevitablemente desajustes e incluso convulsiones (63); el precio que habrá que pagar es, pues, elevado. En los estudios cuyo objeto es facilitar este proceso en bien de los desheredados de hoy, y en las medidas prácticas correspondientes, convendría prestar particular atención al levantamiento de las barreras políticas y culturales, para que la ciencia, la tecnología y el espíritu de empresa occidentales se propaguen por todo el mundo, y a la creación de una mentalidad diferente, respetando las tradiciones locales, pero, en la medida en que se desee progresar, sólo las que sean compatibles con las exigencias del nuevo tipo de vida y no impregnen todos los actos de la vida práctica. Unos cuatro o cinco países del Lejano Oriente —sin contar, por supuesto, a Australia ni Nueva Zelanda, en los que los británicos llevaron consigo «su» país— han alcanzado cierto grado de desarrollo real. Pero Japón es el único país del mundo de tradición no euroamericana que se ha desarrollado real y plenamente. Lo ha logrado asimilando en forma casi obsesiva todo lo occidental. Puso en ello tanto celo, que en la actualidad es uno de los países más adelantados del mundo. Se ha adaptado al cambio acelerado, conservando tradiciones propias, que no entorpecen el desarrollo. Convendría estudiar la manera en que cada pueblo puede reaccionar en el mismo sentido, a partir de sus propias características.

(61) IWGIA Document, *Declaration of Barbados*, Copenhagen, 1971.

(62) *FFH/Action for development*, op. cit.

(63) Creemos que estas convulsiones podrán producirse en medida comparable con el abismo que separa las necesidades de los pueblos —o lo que los planificadores y expertos de tipo occidental les han inducido a necesitar— y la posibilidad concreta de satisfacer esas necesidades. Aquí cabe recordar que en Occidente se produjo el proceso inverso: en primer lugar, en virtud de importantes progresos científicos y tecnológicos y de un profundo cambio de actitud, la sociedad estuvo en condiciones de producir más y mejor, y sólo después pudo satisfacer las necesidades que se iban creando de consumir lo que ya era capaz de producir.

Indudablemente, todo programa mundial debería dirigirse, sobre todo, a las nuevas generaciones, pues, como ya se ha explicado, es muy difícil que los adultos cambien de actitud. Además, en la marcha hacia la elevación del bienestar material en el Tercer Mundo y su nivelación con Occidente —es decir, nivelación por lo alto—, habría que buscar la manera de alterar nuestros propios valores espirituales y encaminarnos hacia una sociedad mucho más justa y democrática.

RESUMEN

El autor de este artículo manifiesta que hasta el momento no existe método alguno para impulsar efectivamente el desarrollo del tercer mundo. Cada pueblo tiene sus características mentales y sociales específicas, lo cual es la verdadera causa de la dificultad de integrarse a nuestra cultura occidental. En efecto, lo que se conoce como proceso de desarrollo sería, precisamente, una integración de culturas diferentes dentro de la occidental y no, como a menudo se cree, una transición normal de un estado "inferior" a otro "superior". Occidente ha llegado a su estado actual a través de un largo proceso sui generis, que no tienen por qué reproducir las demás sociedades del mundo sin tratar expresamente de recurrir a la mencionada integración o adaptación.

Al implantarse en el tercer mundo los elementos culturales occidentales se injertan mal, producen graves desajustes y desequilibrios, y no funcionan como en los países por los que y para los que fueron creados.

Los planes occidentales de ayuda al desarrollo se trazan sin conocer a fondo todos los elementos del problema y dando por sentado muchos supuestos que en un medio distinto del occidental no se dan. Es decir, estos planes proyectan implícitamente, a mundos diferentes, los conceptos, valores y actitudes occidentales y, además, están cargados de subjetivismo. Por otra parte, para explicar los fracasos de las distintas soluciones al "subdesarrollo" se recurre a todo tipo de racionalizaciones psicológicas, a algunas de las cuales el autor pasa revista. También critica los preconceptos que existen en este terreno, así como la retórica con que se los suele encubrir.

El artículo termina con un llamamiento para que se busquen enfoques realmente nuevos para la tarea del desarrollo y no se siga improvisando sobre la base de ideas recibidas y dogmatismos. Como hoy en día ya no es posible que ningún pueblo pueda vivir aislado de la cultura occidental, el autor propone que se levanten definitivamente las barreras políticas y culturales y se cree una mentalidad favorable al progreso, respetando, al mismo tiempo, las tradiciones locales en la medida de lo posible.

RÉSUMÉ

Pour l'auteur de cet article, il n'existe jusqu'ici aucune méthode capable de stimuler efficacement le développement du tiers monde. Tous les peuples ont leurs caractéristiques psychologiques et sociales, et c'est de là que provient leur difficulté à s'intégrer à notre culture occidentales. De fait, ce qu'on appelle "processus de développement" semble consister précisément en l'intégration de cultures différentes dans la culture occidentale, et ne serait donc pas, comme on le croit souvent, le passage normal d'un état "inférieur" à un état "supérieur". Or l'Occident est parvenu à son stade actuel par une longue évolution qui lui est propre et que les autres sociétés n'ont aucune raison de reproduire, d'autant qu'elles ne peuvent le faire autrement que par l'intégration ou l'adaptation.

Lorsqu'ils s'implantent dans le tiers monde, les éléments de la culture occidentale s'y ajustent mal, provoquent de graves déséquilibres et ne jouent plus le même rôle que dans les pays d'où ils sont originaires.

Les Occidentaux établissent des plans d'aide au développement sans connaître à fond tous les éléments du problème et en admettant comme certaines bien des hypothèses partant de principes qui ne sont pas justes dans un milieu différent du leur. Autrement dit, ces plans, implicitement, projettent dans des mondes dissemblables les concepts, les valeurs et les comportements occidentaux; qui plus est, ils sont entachés de subjectivité. En outre, pour expliquer les échecs des diverses solutions proposées pour le "sous-développement", on recourt à toutes sortes de raisonnements. L'auteur en passe un certain nombre en revue, critiquant également les préjugés prévalant dans ce domaine et la rhétorique derrière laquelle on a coutume de les dissimuler.

L'article se termine par un appel: il s'agit de donner aux efforts de développement des bases réellement nouvelles et de renoncer aux improvisations ne reposant que sur des idées préconçues et des postulats non vérifiés. Comme, à l'heure actuelle, aucune nation ne saurait vivre entièrement isolée de la culture occidentale, la première chose à faire serait de supprimer définitivement les barrières politiques et culturelles et de créer une mentalité qui, tout en respectant les traditions locales, dans la mesure du possible, serait favorable au progrès.

SUMMARY

The author of this article states that so far no method exists of giving the right impetus to the development of the Third World. Each people has its own particular mentality and social characteristics, and this is the real cause of the difficulty encountered in integrating in our western culture. For, he maintains, what is known as the development process is in fact the integration of different cultures within the western one—not, as is often believed, normal transition from an "inferior" state to a "superior" one. The West reached its present stage after a long process *sui generis* and other societies cannot repeat the process without resorting to the above-mentioned integration or adaptation.

Western culture does not readily take root in the Third World: it has a seriously disrupting effect and does not work as in the countries by which and for which it was created.

Western plans for development aid are drawn up without a thorough knowledge of all the elements of the problem and taking for granted much that simply does not obtain in settings other than western ones. What the plans—which, into the bargain, lack objectivity—imply is the projection onto different worlds of western concepts, values and attitudes. On the other hand, the failures of various solutions to "under-development" are explained away by all kinds of psychological rationalisation, some of which the author summarises. He also criticises the preconceived ideas prevalent in this field as well as the high-flown language in which they are usually couched.

The article concludes with the appeal that an attempt be made to find genuinely new approaches to the task of development so that we no longer go on improvising on the basis of stale ideas and dogmatic views. Since it is no longer possible today for any people to live isolated from western culture, the author proposes the lifting of political and cultural barriers once and for all and the creation of a mentality favourable to progress that will at the same time respect local traditions as far as possible.